



Lectura del santo Evangelio según san Lucas 18, 1-8

Les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer. «Había un juez en una ciudad, que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres.» Había en aquella ciudad una viuda que, acudiendo a él, le dijo: "¡Hazme justicia contra mi adversario!" Durante mucho tiempo no quiso, pero después se dijo a sí mismo: "Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, como esta viuda me causa molestias, le voy a hacer justicia para que no venga continuamente a importunarme."» Dijo, pues, el Señor: «Oíd lo que dice el juez injusto; y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que están clamando a él día y noche, y les hace esperar? Os digo que les hará justicia pronto. Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?»

Introducción: ¿Qué es la oración? Te lo dicen los santos:

Para mí, la oración, es un impulso del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de agradecimiento y de amor, tanto en el interior de la prueba como cuando me invade el gozo; en fin, es una cosa muy grande, sobrenatural que me dilata el alma y me une a Jesús (Santa Teresita).

"Es la elevación del alma hacia Dios o la petición a Dios de bienes convenientes" (San Juan Damasceno).

"Es una conversación y un coloquio con Dios" (San Gregorio Nacianceno);

"Es el pensar en Dios con piedad y afecto humilde" (San Agustín);

"Es el piadoso afecto de la mente que piensa en Dios" (San Buenaventura);

«Nada hay mejor que la oración y coloquio con Dios, ya que por ella nos ponemos en contacto inmediato con Él; y, del mismo modo que nuestros ojos corporales son iluminados al recibir la luz, así también nuestro espíritu, al fijar su atención en Dios, es iluminado con su luz inefable. Me refiero, claro está, a aquella oración que no se hace por rutina, sino de corazón, que no queda circunscrita a unos determinados momentos, sino que se prolonga sin cesar día y noche» (San Juan Crisóstomo).

Esquema general para hacer la oración cada día

Elige bien el tiempo, lugar y postura (garantiza sobre todo la soledad y el silencio). **Después:**

- ✓ **Ponte en presencia de Dios** Acto de fe. Si no estás en una iglesia, piensa que Dios está muy cerca de ti, dentro de ti. Si estás en la iglesia o capilla, mira al sagrario y adórale profundamente, reconociendo su latir sagrado en el tabernáculo.
- ✓ **Haz el ofrecimiento de obras** (Oracional p. 18)
- ✓ **Invoca al Espíritu Santo** (Oracional p. 56-62).
- ✓ **Súplica filial a la Virgen María.** Acude a Ella con gran confianza. Ángelus. (Oracional p. 19)
- ✓ **Lee despacio el texto de Evangelio** y méditalo con los textos y comentarios.
- ✓ **Termina siempre con un Coloquio de amor**, hablando con Dios, con Jesús, con María. Se trata de una conversación íntima, cariñosa, muy personal.

MEDITEMOS EL EVANGELIO DEL DOMINGO

Debemos importunar a Nuestro Señor. La viuda que es la Iglesia, elevó su grito al Juez con lágrimas poco después de que Jesús pronunciara esta parábola. Frente a adversarios poderosos como es el mundo, el demonio y la carne hay que clamar día y noche. Si no rezas, no se puede vencer el pecado. Si oras, sin desfallecer, ni legiones enteras de demonios podrán arrebatarte el tesoro de la gracia, te harán sufrir, pero no te harán pecar. Y, al final, te salvarás. No vivas sin esta conciencia hacia la vida eterna, tienes que elevar tu grito, tienes que combatir, tienes que dejarte redimir. Este Juez está deseando hacerte justicia si imploras su intercesión y te vales de sus méritos acudiendo a los sacramentos.

I. COMENTARIO DEL EVANGELIO

A. En este evangelio el Señor nos dice que nuestra oración tiene que tener **dos condiciones**:

1ª Debe ser una oración permanente, continua. El cristiano ha de **orar siempre**. En el texto griego el adverbio *"pantote"* se traduce literalmente por "en todo momento". La oración ha de ser *ininterrumpida*. Esto implica rezar todos los días, tener momentos fuertes de diálogo con Dios. Más aún, es preciso llegar a lograr que de alguna manera la misma acción se convierta en oración. Santa Teresa de Calcuta decía a sus hijas que tenían que "orar la vida". ¿Cómo puede la acción convertirse en oración? ¿No se oponen acaso oración y acción?

«Todo lo que el justo hace o dice en conformidad con el Señor, debe considerarse como oración», decía San Beda. Toda actividad se convierte en oración cuando con ella buscamos cumplir el Plan de Dios, cuando buscamos hacer todas nuestras actividades —desde las más sencillas y ordinarias hasta las más exigentes y delicadas— para el Señor y por el Señor. Si hago eso, estaré rezando *siempre*. No deja de rezar quien vive en presencia de Dios, y quien inmerso en esa presencia, busca darle gloria con todas sus acciones.

2ª Y en segundo lugar el creyente ha de orar **sin desanimarse**, sin desfallecer, sin perder la constancia en la prueba, o en el "desierto", cuando rezar se vuelve tedioso, aburrido, cansino, cuando parece que Dios no escucha o no responde, cuando parece que la oración no es más que un monólogo. El discípulo ha de perseverar en la oración aun cuando su oración parezca no tener el resultado esperado, a pesar de las dificultades y obstáculos que puedan aparecer en el camino y que suelen desanimar y desalentar a tantos.

El Señor nos invita a no abandonar jamás los momentos fuertes de oración, bajo ninguna circunstancia o pretexto. Tengamos cuidado con las "excusas" que a veces nos vienen para abandonar la oración: "no tengo tiempo porque tengo muchas cosas que hacer", "no rezo porque no siento nada", "me da pereza", "Dios no me escucha", "rezaré al final del día", etc. Ninguna excusa es válida para relegar el encuentro cotidiano con el Señor.

El tiempo es cuestión de preferencias: tenemos tiempo para lo que de verdad nos interesa. Busquemos el momento más adecuado para orar, preferiblemente que sea lo primero que haga al empezar la jornada. ¡Verás cuánto te ayuda una oración bien hecha al inicio de cada día!

B. Y a continuación Jesús cuenta una **parábola: la de la viuda en necesidad**, para salir al paso de aquellos que piensan que Dios no hace justicia a pesar de sus súplicas. Quien así piensa, corre el peligro de abandonar la oración y, como consecuencia, perder la fe.

Jesús saca la siguiente conclusión: si aquel juez inicuo le hizo justicia a la viuda por su terca e insistente súplica, «Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?». Ante la tentación del desfallecimiento por una larga espera, ante las duras pruebas e injusticias sufridas día a día, los discípulos deben perseverar en la oración y en la súplica, con la certeza de que Dios «les hará justicia sin tardar» y les dará lo que en justicia les pertenece.

Jesús da a entender que la fidelidad de Dios y el cumplimiento de sus promesas están garantizados. La gran pregunta más bien es si los discípulos mantendrán la fe durante la espera y las pruebas que puedan sobrevenirles: **«Cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?»** Esta pregunta que Jesús lanza a sus Apóstoles, también nos la dice hoy, también a nosotros nos cuestiona.

Preguntémosnos: si el Señor viniera en este momento, ¿encontraría fe en mi corazón? ¿Cómo es mi fe? ¿Es firme o débil? ¿Se manifiesta mi fe en mi conducta, o más bien digo que creo en el Señor, pero actúo muchas veces como quien no cree? No olvido que la fe es creer en Dios, que significa adherirme a todo lo que Él me revela (CIC, 142-143; 176), una adhesión de mente y de corazón que se vuelca en la acción.

Por eso debo suplicar con humildad y audacia como los Apóstoles: **«Señor, ¡aumenta mi fe!»**. Y sin olvidar que para que esa fe se sostenga, crezca, madure y se fortalezca es preciso orar siempre, sin desfallecer: «La fe produce la oración y la oración produce a su vez la firmeza de la fe» (San Agustín). Quien cree, reza, busca dialogar con Dios, pues la fe se alimenta de la oración constante, perseverante. La fe crece en el encuentro diario con el Señor, en la escucha y meditación de su palabra, y se hace firme y se consolida cuando se traduce en obras concretas. En cambio, la fe se torna inconsistente, se marchita y muere en aquel o aquella que reza poco, mal o nunca.

1. La viuda del evangelio representa a la Iglesia

Esta viuda es la imagen de la Iglesia, que aparece como desolada hasta que venga el Señor, aunque el Señor cuida muy bien de ella misteriosamente. "Hazme justicia...", suplica al Juez. Es el grito de la Iglesia y de todos sus hijos a lo largo de la historia: "hazme justicia, Señor; es decir, míranos compasivo, danos tu gracia, ten misericordia de tu pueblo, colma los deseos insaciables de nuestro corazón, danos tu santidad..."

2. Hay que orar sin interrupción. "Orar siempre"

Seamos sencillos delante de Dios. La simplicidad favorece enormemente la oración mental. Debemos olvidarnos de nosotros mismos, trascendamos en lo posible el cuerpo y los sentidos, y elevemos súplicas amorosas a Dios, como quien respira su amor. San Juan M^a Vianney decía: "*Para practicar la oración mental cierra los ojos, cierra la boca y abre el corazón*". En la oración vocal hablamos a Dios; en la oración mental Él nos habla a nosotros; se derrama sobre nosotros.

Sean nuestras oraciones palabras ardientes que provinieran del horno de un corazón lleno de amor. En tus oraciones habla a Dios con gran reverencia y confianza. Ofrecele al Señor tu alabanza con toda el alma y todo el corazón, con devoción, con mucha dulzura, con natural simplicidad y sin afectación.

Permite que el amor de Dios tome absoluta y total posesión de tu corazón; permítele que se convierta en tu corazón, como una segunda naturaleza; no le niegues nada de lo que te pida. Ten la firme determinación de no cometer jamás una falta deliberadamente y a sabiendas, y que, si alguna vez la cometes, sé humilde y vuelve a levantarte inmediatamente. Un corazón así orará sin cesar (Santa Teresa de Calcuta)

El Señor no quiere que cesen tus oraciones; quiere que medites sus beneficios cuando pides y quiere concederte en la oración todo lo que en su bondad quiere concederte. Nunca niega sus beneficios a quien los pide y por su piedad excita a los que oran para que no se cansen de orar. Considera el gran don que se te da en la oración: tratar familiarmente con Dios. Y aunque el Señor calla en cuanto a la palabra, responde con los beneficios. No desdeña lo que le pides, no se hastía sino cuando callas (cf. San Juan Crisóstomo).

Es necesario encontrarse frecuentemente con Cristo, en la Palabra y en el Pan, en la eucaristía y en la oración, como se frecuenta a un amigo. Cristo resucitado, es el compañero, es el Amigo, cuya realidad llena toda nuestra vida y nos hace desear su compañía definitiva en el Cielo. El Espíritu y la Esposa dicen: «¡Ven!» Y el que oiga, diga: «¡Ven!» Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratis agua de la vida... Dice el que da testimonio de todo esto: «Sí, vengo pronto.» ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús! (Ap 22,17.20).

La oración debe englobar toda la vida. «Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1Co 10,31). ¿Estás en la mesa? Ora al tomar el pan o al beber; ora dando gracias al terminar de comer; ora al salir de casa o al empezar el trabajo; ora al visitar a un amigo o al emprender una acción que te cueste. Cuando te pones la túnica, agradece al que te la ha dado; muestra tu afecto a Dios que nos provee de vestidos adecuados para el invierno y para el verano, y para proteger nuestra vida. Acabado el día, agradece a aquel que te ha dado el sol para trabajar durante el día y el fuego para iluminar la noche y proveer nuestras necesidades. La noche te da motivos para la acción de gracias; mirando el cielo y contemplando la belleza de las estrellas, ora al Señor del universo que ha hecho todas las cosas con tanta sabiduría. Cuando contemplas a la naturaleza dormida, adora a aquel que con el sueño nos alivia de todas nuestras fatigas y, a través de un poco de descanso, devuelve el vigor a nuestras fuerzas.

Orarás sin descanso si tu oración no se contenta con fórmulas, y si te mantienes unido a Dios a lo largo de toda tu existencia... así "harás de tu vida una incesante oración" (San Basilio).

A propósito de este "rezar sin desfallecer", dice el Papa Francisco: "Todos experimentamos momentos de cansancio y de desaliento, sobre todo cuando nuestra oración parece ineficaz. Pero Jesús nos asegura que, a diferencia del juez deshonesto, Dios escucha con prontitud a sus hijos, si bien esto no significa que lo haga en los tiempos y en las formas que nosotros quisiéramos. La oración no es una varita mágica. Ella ayuda a conservar la fe en Dios, a encomendarnos a Él incluso cuando no comprendemos la voluntad. En esto, Jesús mismo —¡que oraba mucho!— es un ejemplo para nosotros".

3. «Cuando venga el Hijo del Hombre ¿encontrará esta fe en la tierra?»

¿Hay un medio más eficaz para animarnos a la oración que la parábola del juez injusto que nos ha contado el Señor? Evidentemente que el juez injusto no temía al Señor ni respetaba a los hombres. No experimentaba ninguna compasión por la viuda que recurrió a él y, sin embargo, vencido por el hastío, acabó escuchándola. Si él escuchó a esta mujer que le importunaba con sus ruegos, ¿cómo no va a escucharnos Aquel que nos invita a presentarle nuestras súplicas? Pero el Señor añade esta duda que parece le duele: «Pero cuando venga el Hijo del Hombre ¿encontrará esta fe en la tierra?»

Si desaparece la fe, se extingue la oración. En efecto ¿quién podría orar para pedir lo que no cree? Mirad lo que dice el apóstol Pablo para exhortar a la oración: «Todos los que invocarán el nombre del Señor serán salvados». Después para hacernos ver que la fe es la fuente de la oración y que el riachuelo no puede correr si la fuente está seca, añade: «¿Cómo van a invocar al Señor si no creen en él?» (Rm 10,13-14). Creamos, pues, para poder orar y oremos para que la fe, que es el principio de la oración, no nos falte. La fe difunde la oración, y la oración, al difundirse obtiene, a su vez, la firmeza de la fe (San Agustín)

Y el Papa Francisco, a propósito de esta pregunta de Jesús, comenta: "Jesús con esta pregunta nos alerta a todos: no debemos renunciar a la oración incluso si no se obtiene respuesta. La oración conserva la fe, sin la oración la fe vacila. Pidamos al Señor una fe que se convierta en oración incesante, perseverante, como la da la viuda de la parábola, una fe que se nutre del deseo de su venida. Y en la oración experimentamos la compasión de Dios, que como un Padre viene al encuentro de sus hijos lleno de amor misericordioso".

III. REZA TAMBIÉN CON ESTAS ORACIONES

✓ Oración de Confianza al Sagrado Corazón de Jesús (Santa Margarita M^a de Alacoque)

Corazón sagrado de mi amado Jesús: yo, aunque miserable criatura, te doy y consagro mi persona, vida y acciones, penas y padecimientos, deseando que ninguna parte de mi ser me sirva si no es para amarte, honrarte y glorificarte. Ésta es mi voluntad irrevocable: ser todo tuyo y hacerlo todo por tu amor, renunciando de todo corazón a cuanto pueda desagradarte.

Te tomo, pues, oh Corazón divino, por el único objeto de mi amor, protector de mi vida, prenda de mi salvación, remedio de mi inconstancia, reparador de todas las culpas de mi vida, y asilo seguro en la hora de mi muerte. Sé, pues, oh Corazón bondadoso, mi justificación para con Dios Padre, y aleja de mí los rayos de su justa cólera.

Oh Corazón amoroso, pongo toda mi confianza en Ti, pues, aunque lo temo todo de mi flaqueza, sin embargo, todo lo espero de tu misericordia; consume en mí todo lo que te desagrada y resiste, y haz que tu puro amor se imprima tan íntimamente en mi corazón, que jamás llegue a olvidarte ni a estar separado de Ti. Te suplico, por tu misma bondad, escribas mi nombre en Ti mismo, pues quiero tener cifrada toda mi dicha en vivir y morir como tu esclavo. Amén.

✓ Oración para pedir confianza y fe a Dios

Oh amado Señor, te doy gracias por el don de la vida y del amor. Quiero pedirte hoy la capacidad de creer en ti y de saber escucharte con el alma siempre dispuesta y con el corazón dócil y abierto a tus inspiraciones.

Necesito en todo momento de tu fuerza y de tu poder para poder sentir y agradecer las mil muestras de tu amor con las que cada día me bendices.

Quiero decirte con completa confianza y con una fe desbordante de amor, que estoy dispuesto a dar la vida por Ti. Aunque luego me acuerdo de Pedro, que te negó tras haberte jurado darte por Ti, y me estremezco ante mi mayor debilidad. ¡Dame tu ayuda! Todo lo temo de mi debilidad, pero todo lo espero de tu misericordia.

Mi Jesús, muchas veces lloro mis pecados; mis malos deseos me atormentan y angustian mi alma; soy débil, y mi fe flaquea..., pero tu Santo Espíritu me anima a levantarme y a seguir adelante.

Eres el Amigo que no defrauda. Quiero ser fiel a tu amor, a tu Iglesia. Dame una fe fuerte y un amor ardiente. Sé que seguirte exige una entrega total y el sacrificio de muchas cosas, pero aun así me acerco a Ti para que me limpies de mis egoísmos, de mi orgullo y de todo aquello que no me permita donarme por completo a ti y a los hermanos.

Te amo, Señor; eres el dueño de mi vida, confío en que me bendigas en todo momento; en que me perdones siempre, aumentes siempre mi confianza y me hagas instrumento de tu amor y de tu verdad. Amén.